

— ¡ Ahí es un grano de anís ! ¡ Que esto me suceda á mí, á un hombre como yo !

Con estas y otras lamentaciones se dirigió á su cuarto para acostarse. Llegando á la puerta se paró un momento, se volvió hácia Perpétua, y poniendo el dedo índice en los labios, dijo con tono lento y muy recalcado :

— ¡ Perpétua, por amor de Dios !

Y se metió adentro.

CAPÍTULO II

Cuentan que el príncipe de Condé durmió profundamente toda la noche vispera de la célebre batalla de Rocroi ; pero en primer lugar Condé estaba muy cansado, y en segundo, ya habia dado las disposiciones necesarias para la accion, y



El príncipe de Condé durmió profundamente.

acordado todo lo que habia de hacerse por la mañana. No le sucedia esto al pobre D. Abundo, porque él al contrario no sabia lo que debia hacer al dia siguiente ; y así estuvo una gran parte de la noche cavilando con inquietud. No hacer

caso de la atroz intimacion, y casar á Lorenzo, era un partido acerca del cual ni siquiera queria deliberar. Confiar á Lorenzo lo ocurrido, y discurrir con él algun medio... ¡ Dios nos libre ! ni una palabra : sonaba todavía en sus oídos el « chiton » y el « ¿ Está usted ? » de los bravos, y tan léjos estaba de hablar del asunto, que casi se arrepentia de haberse confiado á Perpétua. ¿ Huir ¿ y adónde ? ¿ y cómo ? ¿ y despues ? ¡ Qué laberinto ! Á cada partido que desechaba se volvía del otro lado. En fin, el abritrio que le pareció mejor fué el de ganar tiempo, dando largas con palabras y pretextos. Se acordó, afortunadamente, que faltaba poco tiempo para cerrarse las velaciones, y esperaba que pudiendo entretener por pocos dias á Lorenzo, tenía luégo dos meses de espera, y en dos meses podian suceder grandes cosas. Estuvo rumiando pretextos, que aunque le parecian fútiles, tenía confianza en que su autoridad les daria peso, y en que su antigua experiencia le proporcionaria mucha ventaja sobre un mozalbeta ignorante.

— Veremos, — decia para sí : — á él le importa su novia ; pero yo trato de mi pellejo, y así estoy más interesado en este negocio... luégo mis conocimientos, mi experiencia...

Tranquilizado un poco el ánimo con semejante resolucion consiguió por fin cerrar los ojos y dormirse ; pero ¡ qué sueño, y qué sueños ! Bravos, D. Rodrigo, Lorenzo, derrumbaderos, fuga, persecucion y balazos fué lo que ocupó su imaginacion durmiendo.

El momento de despertar despues de una desventura ó conflicto, es siempre muy amargo. La imaginacion entónces restituida á su oficio, acude á las ideas habituales de tranquilidad anterior, pero como al punto ocurre desagradablemente el pensamiento del nuevo estado de cosas, se aumenta el disgusto con aquella instantánea comparacion. Tal fué para D. Abundo el momento en que despertó ; sin embargo, recapituló inmediatamente su proyecto de la noche, se confirmó en él, lo coordinó mejor, se levantó, y estuvo esperando á Lorenzo con no ménos temor que impaciencia.

Lorenzo no se hizo aguardar mucho. En cuanto creyó ser la hora en qué podía sin indiscreción presentarse al cura, pasó á verle con el anhelo de un jóven de veintidos años que debe en aquel día casarse con una persona á quién ama. Huérfano Lorenzo desde su niñez, ejercía la profesion de hilandero de seda, profesion casi hereditaria en su familia, muy lucrosa en tiempos anteriores, y que si bien algo decaída en aquella época, no lo estaba tanto que un oficial hábil no pudiese vivir cómodamente con ella. El trabajo iba de día en día disminuyendo; pero la continua emigracion de los artesanos, atraídos á los países limítrofes con promesas, privilegios, y jornales crecidos, era causa de que no les faltase á los que permanecían en el país. Además tenía Lorenzo un poco de tierra, que hacía labrar, y labraba él mismo cuando le faltaba el hilado de la seda; por manera que en su clase podía llamarse acomodado. Y aunque aquel año era más escaso que los anteriores, y se empezaba á experimentar una verdadera carestía, como desde que él puso los ojos en su amada arrendó una pequeña hacienda, con ella y sus ahorros no tenía que temer que le faltase pan. Presentóse, pues, á D. Abundo en gran gala con plumas de varios colores en el sombrero, un puñal de curiosa empuñadura en el bolsillo lateral de los calzones, y aire alegre y de guapeton; muy comun entónces hasta en las personas más pacíficas. La acogida sería y misteriosa de D. Abundo formaba una contraposición particular con las maneras joviales y francas del mancebo.

— ¿ Si tendrá la cabeza ocupada en algun grave negocio ? — discurrió para sí Lorenzo.

Y luego dijo :

— Tenga usted muy buenos dias, señor Cura. Vengo á saber á qué hora le parece á usted que nos veamos en la iglesia.

— Sin duda querrás decir qué día.

— ¿ Como qué día ? ¿ No se acuerda usted que hoy es el que está señalado ?

— ¿ Hoy ? — replicó D. Abundo, como si fuera la primera

vez que oía hablar del asunto. — Hoy... hoy : pues ten paciencia, porque hoy no puedo.

— ¿ No puede usted hoy ? ¿ Qué ha sucedido ?

— Ante todo, estoy desazonado.

— Lo siento ; pero es tan poco y de tan corto trabajo lo que tiene usted que hacer...

— Luego nay... hay...

— ¿ Qué es lo que hay, señor Cura ?

— Hay embrollos.

— ¡ Embrollos ! No sé qué embrollos puede haber.

— Fuera preciso estar en mi lugar para saber cuantos entorpecimientos se encuentran en este oficio, cuán tas cuentas hay que dar. Yo soy demasiado blando de corazón ; trato de vencer obstáculos, de facilitarlos todo, de hacer las cosas á gusto de los demás, y luego para mí son las reconvenções.

— Por amor de Dios, no me tenga usted en ascuas ; dígame usted de una vez lo que hay.

— ¿ Sabes tú cuántas formalidades se necesitan para hacer un casamiento en regla ?

— Algo debo saber de eso, — dijo Lorenzo, empezando á alterarse, — pues tanto me ha quebrado usted la cabeza estos dias pasados ; pero ahora, ¿ no se ha hecho todo lo que habia que hacer ?

— Sí, todo : á ti te lo parece. El tonto soy yo, que para que las gentes no penen he dejado de cumplir con mi obligación ; pero ahora... basta ; sé lo que me digo. Nosotros los pobres curas nos hallamos entre la espada y la pared ; vosotros impacientes... Yo á la verdad te disculpo, pobre muchacho ; pero los superiores... Basta ; no se puede decir todo : nosotros, en fin, somos los que pagamos el pato.

— Pero explíqueme usted qué otra diligencia es la que hay que practicar, y se hará al instante.

— ¿ Sabes tú cuántos son los impedimentos dirimentes ?

— ¿ Qué quiere usted que sepa yo de impedimentos ?

— *Error, conditio, votum, cognatio, crimen, cultus, disparitas, vis, ordo, etc.*

— Usted se está burlando de mí: ¿qué tengo yo que ver con esos latines?

Pues si no sabes las cosas, ten paciencia y confórmate con el parecer de los que las saben.

— En resumidas cuentas...

— Vaya, Lorenzo mio, no te acolores: estoy pronto á hacer... todo lo que esté en mi mano. Quisiera verte contento, pues yo te estimo... ¡ Cuando pienso que estabas tan bien! nada te faltaba; se te ha metido ahora en la cabeza el casarte...

— ¿ Á qué viene esta reconvencion? — prorumpió Lorenzo entre sorprendido y encolerizado.

— Eso es decir... en fin, ten paciencia.

— En una palabra...

— En una palabra, hijo mio, yo no tengo la culpa. La ley no la he hecho yo. Antes de hacer un casamiento tenemos obligacion de practicar muchas, muchísimas diligencias para asegurarnos de que no hay impedimento alguno.

— Pero por María Santísima, dígame usted: ¿ qué impedimentos son esos?

— Ten paciencia: no son cosas estas que puedan arreglarse así como se quiera en dos palotadas. Creo que no habrá dificultad; pero de todos modos hay averiguaciones, que nosotros forzosamente tenemos que practicar. El texto está claro y terminante: *antequam matrimonium denunciaret*...

— Ya he dicho á usted que yo no entiendo ni quiero entender de latines.

— Ello es preciso que yo te explique...

— Pero ¿ no ha hecho usted ya todas estas averiguaciones?

— No todas, te digo, como hubiera debido hacerlas.

— ¿ Y por qué no las ha hecho usted en tiempo? ¿ por qué me dijo usted que todo estaba acabado? y ahora ¿ por qué me hace aguardar?

— ¿ Ves cómo me echas en cara mi demasiada bondad? Para servirte más aprisa facilité las cosas, pero ahora han ocurrido circunstancias... Yo me entiendo.

— Y por último, ¿ qué quiere usted que haga?

— Que tengas paciencia por algunos dias... En fin, hijo mio, unos dias no es la eternidad... Vaya, ten paciencia.

— ¿ Por cuánto tiempo?

— No vamos mal, — dijo para sí D. Abundo.

Y con modo afectuoso contestó:

— Así como unos quince dias, y en este tiempo indagaré...

— ¡ Quince dias! ¡ ahora sí que estamos bien! Se hizo todo cuanto usted quiso; se señaló el dia; el dia llegó, y ¡ ahora salimos con haber de esperar otros quince! ¡ Quince demonios!

— prosiguió dando un golpe sobre la mesa.

Y hubiera continuado con el mismo tono y estilo, á no haberle interrumpido D. Abundo, cogiéndole una mano con cierta amabilidad tímida y oficiosa, y diciendo:

— Vaya, vaya, Lorenzo, no te alteres por Dios: yo trataré, yo veré si en una semana...

— ¿ Y qué le diré yo á Lucía?

— Que ha sido una equivocacion.

— ¿ Y las gentes que dirán?

— Díles á todos que yo he tenido la culpa por servirte demasiado presto. No temas, échame á mí las cargas. ¿ Puedo hacer más?... Ea, ¡ una semana!...

— ¿ Y luégo no habrá más entorpecimientos?

— Cuando yo te lo digo...

— Pues bien, aguardaré una semana; pero cuente usted que pasada esta, no me satisfaré con chanzonetas. Entre tanto, páselo usted bien.

Con esto se marchó manifestando en su despedida más despecho que urbanidad.

Saliendo á la calle y dirigiéndose disgustado á casa de su novia, iba discurriendo en medio del enojo acerca de la pasada conferencia, y le parecía cada vez más extraña. La acogida reservada y fria de D. Abundo, sus palabras incohexas, sus ojos azules que miéntras hablaba volvía de una parte á otra como si temiera que desmintiesen sus dichos, el hacerse de nuevas respecto de un casamiento concertado con

tanta anticipacion y formalidad, y sobre todo el indicar siempre una gran cosa sin decir nada claro; todas estas circunstancias reunidas daban en qué pensar á Lorenzo, y sospechaba que hubiese algun misterio diferente del que indicaba D. Abundo.

Estuvo dudando un momento si volveria atras para hacerle hablar claro, cuando en esta incertidumbre vió á Perpétua que iba á entrar en un huerto, junto á la casa del mismo cura. Dióle una voz cuando iba á abrir la puerta, apretó el paso, la alcanzó, la detuvo en la entrada, y con el objeto de descubrir terreno trabó conversacion con ella.

— Buenos dias, señora Perpétua: esperaba que hoy hubiésemos tenido un rato de diversion...

— Amigo, Dios no ha querido. ¡Pobre Lorenzo!

— Hágame usted un favor. El señor cura me ha ensartado un fárrago de razones que no he podido comprender. Explíqueme usted mejor el motivo por qué no puede ó no quiere casarme hoy.

— ¿Te parece á ti que yo sé los secretos de mi amo?

— Bien me lo figuraba yo que habia misterio, — dijo para sí Lorenzo.

Y para descubrirlo continuó:

— Vaya, señora Perpétua, nosotros somos amigos: dígame usted lo que sabe; favorezca usted á un pobre muchacho.

— Lorenzo mio, mala cosa es haber nacido pobre.

— Es verdad, — contestó Lorenzo, confirmándose cada vez más en su sospecha. — Es verdad; pero los curas no deben tratar mal á los pobres.

— Oye, Lorenzo, yo nada puedo decir, porque... en fin, porque nada sé; pero lo que te puedo asegurar es que mi amo no quiere hacerte perjuicio, ni á ti ni á nadie, y no tiene culpa...

— ¿Y quién la tiene? — preguntó Lorenzo como descuidadamente, pero con el oído fijo y el corazón alerta.

— Repito que nada sé... pero puedo hablar en defensa de mi amo, porque me incómoda sobremanera ver que se le

obligue á hacer daño á nadie. ¡Es un bendito! y si peca, peca por demasiada bondad. Es bien cierto que en el mundo hay bribones, prepotentes, hombres sin temor de Dios.

— ¡Bribones! ¡prepotentes! Estos no serán sin duda los superiores, — dijo para sí Lorenzo.

Y ocultando su agitacion que progresivamente se aumentaba, continuó:



Se levantó apresuradamente de la silla.

— Vaya, señora Perpétua, dígame usted quién es.

— ¡Ah! tú quisieras sonsacarme, picaruelo, y yo no puedo hablar, porque... En fin, no sé nada, y cuando digo que nada sé, es como si dijera que he jurado callar. Aunque me dieran tormento, nada sacarias. Adios; es tiempo perdido para los dos.

Con esto entró aprisa en el huerto, y cerró la portezuela. Devolvióle Lorenzo el saludo, detúvose un poco, para que por el ruido de los pasos no advirtiese el camino que tomaba; pero así que se alejó bastante para que no pudiese oírle ni

verle la buena mujer, apresuró el paso, y en un momento llegó á la puerta de D. Abundo. Entró sin llamar, y se metió á la deshilada en el cuarto donde le habia dejado, y habiéndole hallado allí, se dirigió á él con desembarazo y los ojos encendidos.

— ¡Cómo! — dijo D. Abundo, — ¿qué novedad es esta?

— ¿Quién es el prepotente, — preguntó Lorenzo con el tono de un hombre determinado á saber la verdad; — quién es el prepotente que no quiere que yo me case con Lucía?

— ¿Cómo, cómo? murmuró D. Abundo con el color más blanco que un papel.

Sin embargo, sin dejar de murmurar, se levantó apresuradamente de la silla, dando un salto para tomar la puerta; pero Lorenzo, que se lo figuraba, se arrojó ántes que él, la cerró y metió la llave en el bolsillo.

— Ahora hablará usted, señor Cura. Todos saben mis negocios menos yo. ¡Voto á... Quiero saberlos yo también. ¿Cómo se llama ese caballero?

— ¡Lorenzo! ¡Lorenzo! así tengan buen siglo las ánimas de tus difuntos, por caridad mira lo que haces: piensa que...

— Lo que yo pienso es que quiero saberlo al instante.

Diciendo esto puso la mano quizá sin advertirlo sobre el mango del puñal que se le salía del bolsillo.

— ¡Dios me asista! — exclamó D. Abundo con voz flaca.

— Quiero saberlo...

— ¿Quién te ha dicho?...

— Dejémonos de razones; quiero saberlo, y al instante.

— ¿Tú quieres, pues, mi muerte?

— Quiero saber lo que tengo derecho á saber.

— Pero si hablo, muero; ¿y no quieres que me interese mi vida?

— Hable pues...

Pronunció Lorenzo estas dos palabras con tanta energía y tono tan decidido, que D. Abundo perdió enteramente la esperanza de poder desobedecer.

— ¿Me prometes, me juras — dijo entonces — de

no darte por entendido, de no decir jamás á nadie?... — Lo que prometo es hacer un desatino si usted no me declara inmediatamente quién es ese hombre.

Á esta nueva graciosa insinuación, D. Abundo, con la cara y los ojos del que tiene en la boca el gatillo del sacamuélas, articuló:

— Don...

— Don... repitió Lorenzo, como para ayudar al paciente á pronunciar el resto, y sin apartar los ojos de los del cura, ni quitar las manos de detras.

— D. Rodrigo, — pronunció D. Abundo aprisa, y de un modo como si quisiese desfigurar el nombre.

— ¡Ah perro! exclamó Lorenzo, rechinando los dientes. — ¡Ah perro! ¿Y cómo? ¿qué le ha dicho á usted para?...

— ¿Cómo? ¿Cómo? — respondió con voz casi airada don Abundo, el cual, despues de tamaño sacrificio, se consideraba como acreedor de Lorenzo. — ¿Cómo? ¡Ya ya! Quisiera que á ti te hubiese sucedido en mi lugar; que en verdad no estarías para fiestas.

Aquí se puso á pintar con los colores más horrorosos el fatal encuentro con los bravos, y sintiéndose en el cuerpo, mientras hablaba, cierta cólera que el miedo tuvo reprimida hasta entonces y viendo al mismo tiempo que Lorenzo entre ira y confusión estaba inmóvil con la cabeza baja, continuó diciendo:

— ¡Has hecho por cierto una brava acción! ¡Una pasada semejante á un hombre de bien, á tu párroco, en su propia casa, en lugar sagrado! ¡Vaya, que la cosa es de contar! ¿Y luego para qué? para sacarme de la boca tu desgracia, y la mía, lo que yo te ocultaba por prudencia, para tu bien. Ahora, pues, que lo sabes, quisiera que me dijeras qué es lo que has adelantado. Por amor de Dios, estas no son burlas: no se trata de si hay ó no hay razón; se trata de la fuerza. Y cuando esta mañana te daba yo un buen consejo, al instante alborotarse. Yo miraba por ti, y por mí. Y ahora ¿qué se hace? Abre por lo ménos la puerta, ó dáme la llave.

— He faltado á usted al respeto, — respondió Lorenzo con voz humilde para con D. Abundo, pero que indicaba furor contra su enemigo. — He faltado; pero póngase usted la mano al pecho, y reflexione si en mi lugar...

Diciendo esto, habia ya sacado la llave del bolsillo, é iba á abrir. D. Abundo fué tras él; y miéntras Lorenzo abria, se le acercó, y con rostro serio le dijo:

— Jura al ménos...

— He faltado: disimule usted, — respondió Lorenzo, abriendo la puerta para salir.

— Jura, — replicó D. Abundo agarrándole de un brazo con mano trémula.

— Me he propasado, — añadió Lorenzo, soltándose de él.

Y ausentándose apresuradamente cortó de esta manera la cuestion que, como las de literatura y filosofia, hubiera durado seis siglos por el teson que entrambos se hubieran mantenido en sus trece.

— ¡Perpétua! ¡Perpétua! — gritó D. Abundo despues de haber llamado en vano al jóven fugitivo.

Pero el ama no respondia, y D. Abundo ya no sabia lo que le pasaba.

Ha sucedido más de una vez que personajes de categoría más elevada que la de D. Abundo, hallándose en grandes apuros, y sin saber qué partido tomar, creyeron excelente recurso meterse en la cama con calentura. No tuvo don Abundo que ir á buscar semejante arbitrio, porque él mismo se le vino naturalmente á las manos. El susto del dia anterior, la mala noche, el miedo que le acababa de meter Lorenzo, y el pensar lo que pudiera sucederle en adelante, produjeron su efecto. Aturdido y fatigado, volvió á sentarse en su sillón y empezó á sentir algunos calofríos. Se miraba las uñas, suspiraba, y de cuando en cuando llamaba con voz trémula y rabia á Perpétua. Por fin llegó esta con una gran col debajo del brazo, y tan serena como si nada hubiera pasado. No quiero molestar al lector con los lamentos, las quejas, los

cargos, las defensas; aquello de que « tú sola puedes haber hablado, » y lo que, « yo no he dicho nada, » con los demas dimes y diretes de aquel coloquio. Bastará decir que D. Abundo mandó á Perpétua que atrancase la puerta; que no volviese á salir, y que si alguno llamaba, respondiese que el señor cura se habia metido en la cama con calentura. Subió luego lentamente la escalera, exclamando á cada tres escalones: « Estoy fresco; » y de véraş se metió en la cama, en donde por ahora habremos de dejarle.

Caminaba entre tanto Lorenzo con paso agitado á su casa, sin haber aún resuelto qué partido tomaria; no obstante, tenia vivas ansias de hacer alguna diablura. Los provocadores, los hombres injustos, todos los que hacen daño á los demas, son culpados, no sólo por el mal que cometen, sino tambien por los excesos á que provocan á los ofendidos. Lorenzo era un mozo pacífico, enemigo de verter sangre, un jóven franco, y ajeno de toda alevosía; pero en aquel momento su corazón meditaba un atentado, y su imaginación estaba ocupada en tramar una traición. Hubiera querido buscar á D. Rodrigo, agarrarle por el gañote, y... pero se acordaba que su casa era una fortaleza, guardada por bravos interior y exteriormente, que sólo entraban en ella los criados y los amigos de mayor confianza; que á un artesano incógnito no se le admitiria sin mucho exámen, y que él sobre todo sería muy conocido. Pensaba entónces tomar su escopeta, y oculto detras de un vallado aguardar si por casualidad pasaba por allí don Rodrigo solo. Gozándose en esta feroz idea, se figuraba haber llegado el anhelado momento, oír el estampido del arma, y ver á su enemigo caer y revolcarse en su sangre: le echaba una maldición, y marchaba á ponerse en salvo en la raya del país veneciano. ¿Y Lucía? Á este recuerdo desaparecian los pensamientos criminales, y ocupaban su lugar los buenos principios á que Lorenzo estaba acostumbrado. Se acordó de las últimas palabras de sus padres; se acordó de Dios, de la Virgen y de los santos: se le presentó á la imaginación el placer que habia

seda con espesos y menudos pliegues; las medias de color rosa, y las chinelas de seda bordadas. Además de este adorno, que era el del día de la boda, tenía la joven el de todos los días, que era el de su modesta hermosura, á que daban mayor realce los afectos que retrataba su rostro, es decir, cierta alegría mezclada con una ruborosa turbación, con una plácida inquietud, que, sin alterar la belleza de una novia, le presta un carácter particular que interesa. Betina se metió en el grupo de las mujeres, se acercó á Lucía, y dándole á



Betina se metió en el grupo.

entender diestramente que tenía alguna cosa que comunicarle, le dijo su palabrita al oído.

— Voy, y vuelvo al momento, — dijo Lucía á las mujeres.

Y bajó aprisa la escalera. Al ver la cara inmutada y el aspecto inquieto de Lorenzo :

— ¿Qué hay de nuevo? — le preguntó, no sin cierto triste presentimiento.

— Querida Lucía, — respondió Lorenzo, — lo que es peor; hoy todo se lo llevó Barrabas ; ¡ y quién sabe cuándo podremos casarnos !

— ¿Cómo? — dijo Lucía asustada.

Contóle Lorenzo en pocas palabras lo que había sucedido aquella mañana. Escuchábase Lucía muy angustiada, y cuando oyó el nombre de Rodrigo :

— ¡ Ah ! — exclamó, poniéndose colorada y trémula : — ¿ es posible ? ¡ hasta este extremo !

— ¿ Luego tú sabías... ? — preguntó Lorenzo.

— Demasiado, — respondió Lucía ; — pero ¿ quién creyera ?...

— Y qué es lo que sabías ?

— No seas impaciente, ni excites mi llanto ; pero deja que llame á mi madre, y despida á esas gentes, pues conviene que estemos solos.

Al irse Lucía, dijo Lorenzo como á média voz :

— ¡ Nunca me has hablado palabra de esto !

— ¡ Ah, Lorenzo ! — respondió Lucía, volviéndose sin pararse.

Comprendió Lorenzo muy bien que su nombre pronunciado en aquel momento y con aquel tono, era lo mismo que decir, que no debía dudar de que había tenido los motivos más puros y justos para callar.

Entre tanto, la buena de Ines (que así se llamaba la madre de Lucía), entrando en sospecha y curiosidad por aquella palabrita al oído, y por haber visto ausentarse á su hija, bajó á saber qué novedad había ocurrido. Lucía la dejó con Lorenzo, volvió donde estaban sus amigas y vecinas, y simulando lo mejor que pudo la alteración de su ánimo dijo :

— El señor Cura está malo, y hoy nada se hace.

Con esto las saludó á todas apresuradamente y volvió á bajar.

Desfilaron entonces las mujeres, y todas corrieron á divulgar lo que había sucedido, y muchas á averiguar si efectivamente estaba enfermo D. Abundo ; mas la verdad del hecho cortó todas las conjeturas, indicándolas desde luego con medias palabras y expresiones misteriosas.

CAPÍTULO III

Con gran zozobra estaba Lorenzo informando á Ines, que no le escuchaba con ménos, cuando entró Lucía en el cuarto bajo. Volviéronse entrambos á quien sabía más que ellos sobre el particular, y de quien esperaban con ansia mayor aclaracion, dejando traslucir en medio de la pena, y con el amor distinto que cada uno de aquellos profesaba á Lucía, un sentimiento tambien diverso por haberles ocultado una cosa de



Lucía.

aquella naturaleza. Aunque Ines estaba en ascuas por oír á su hija, no pudo dejar de reconvenirla con esta expresion :

— ¡ No decir nada á tu madre !

— Todo lo diré ahora, — contestó Lucía, enjugándose las lágrimas con el delantal.

— Habla, pues, habla, — dijeron á una vez el novio y la madre.

— ¡ Virgen Santa ! — exclamó Lucía. — ¿ Quién hubiera creído que las cosas llegasen á este término ?

Y con voz interrumpida por el llanto, contó como pocos días ántes, volviendo de la fábrica de hilados, y habiéndose

quedado algun tanto atras de sus compañeras, habia pasado delante de ella D. Rodrigo con otro caballero ; que al principio trató de detenerla con discursos, segun ella decia, nada buenos ; que ella apresuró el paso y alcanzó á sus compañeras, y que entre tanto oyó al caballero reirse á carcajadas, y á D. Rodrigo decir : « ¡ Apostemos ! » Los dos al dia siguiente se encontraron tambien al paso ; pero Lucía iba entre sus compañeras con los ojos bajos ; y mientras el caballero daba grandes risotadas, D. Rodrigo decia : « Lo veremos, lo veremos. »

— ¡ Gracias á Dios, continuó Lucía, — que aquel dia era el último en que se trabajaba en la fábrica ! Al instante se lo conté...

— ¿ Á quién se lo contaste ? — interrumpió apresuradamente Ines, como enojada de que otra persona hubiese merecido tal preferencia sobre su madre.

— Al padre Cristóbal en confesion, — respondió Lucía con tono blando y de disculpa ; — todo se lo conté la última vez que fuimos juntas á la iglesia del convento ; y si usted aquella mañana hubiese puesto cuidado, hubiera visto que ocupándome ya en una cosa, ya en otra, iba retardando nuestra salida con objeto de que pasase gente con direccion al convento, para que tuviésemos compañía, porque desde aquel encuentro las calles me causaban miedo.

Al nombre respetable del padre Cristóbal, se mitigó el enojo de Ines.

— ¡ las hecho muy bien, — dijo : — pero ¿ por qué no decírs lo tambien á tu madre ?

Dos buenas razones tuvo Lucía para ocultárselo. La primera por no afligir á su madre, y asustar á la buena mujer con una cosa á la cual no podia poner remedio ; y la segunda por no exponerse á que pasase de boca en boca un hecho que Lucía deseaba no traspasarse, tanto más, cuanto esperaba que su próximo casamiento pondria un término en sus principios á semejante persecucion. De estas dos razones sólo alegó la primera.

— ¿Y á ti, — dijo luego volviéndose á Lorenzo con aquel modo con que se suele reconvenir á un amigo manifestándole que no tiene razon; — y á ti, fuera prudente que te hablase de esta ocurrencia? Demasiado la sabes ahora.

— ¿Y qué te dijo el Padre? — preguntó Ines.

— Me dijo que apresurase todo lo posible mi casamiento, que no me dejase ver, y que me encomendase á Dios, con lo cual esperaba que no viéndome D. Rodrigo, ya no se volveria á acordar de mí: y entónces fué, — prosiguió Lucía, volviéndose de nuevo á Lorenzo sin levantar la vista y poniéndose colorada, — entónces fué cuando con sobrada desenvoltura te rogué que se verificase nuestro casamiento ántes del tiempo convenido. ¿Quién sabe lo que tú en aquella ocasion pensarias de mí; ¿pero yo lo hacía con buen fin; y esta mañana estaba tan léjos de pensar...

Aquí prorumpió en copiosísimo llanto.

— ¡Pícaro! ¡bribon! ¡malvado! — exclamó Lorenzo, paseándose presurosamente por el cuarto y apretando la empuñadura de su cuchillo.

— ¡Qué apuro, Dios mio! — exclamaba Ines.

Paróse el jóven de repente delante de Lucía que lloraba; la miró con ternura violenta, y dijo:

— Esta es la última que hace ese malvado.

— ¡Ah! no, — interrumpió Lucía: — no, por amor del cielo.

— ¿Cómo quieres que Dios nos ayude, si obramos mal? No, por Dios, — repetía Ines.

— Lorenzo, — prosiguió Lucía con aire de esperanza y resolucion: — tú tienes un oficio, y yo tambien sé trabajar; vámonos léjos de aquí, y no vuelva ese hombre á saber de nosotros.

— ¡Ah Lucía! ¿Y luego? Aunque no somos marido y mujer, ¿querrá darnos el cura la certificacion de estado libre? Si estuviésemos casados, ¡ah! entónces sería otra cosa.

Empezó Lucía á llorar otra vez, y los tres quedaron en un

profundo silencio, haciendo su abatimiento triste contraposicion con sus vestidos de boda.

— Oid, hijos míos, escuchadme, — dijo Ines al cabo de un rato. — Yo he nacido ántes que vosotros, y conozco un poco el mundo; no conviene asustarse demasiado, pues no siempre es tan fiero el leon como lo pintan. Á nosotros los pobres nos parece la madeja más enmarañada, porque no sabemos



Empezó Lucía á llorar otra vez.

encontrarle la cuerda; pero á veces el consejo de un sugeto que ha estudiado... yo bien me entiendo... yo bien me entiendo. Haz lo que te digo, Lorenzo; véte á Leco, pregunta por el abogado Tramoya, y cuéntale... pero cuidado con que le llames así, porque ese es un mote. Debes decir al señor abogado... ¡qué diantre! ya no me acuerdo de su verdadero nombre: todos le llaman como te he dicho... No, no me acuerdo: en fin, preguntarás por aquel abogado alto, seco,

calvo; con la nariz colorada, y un lunar en un carrillo...

— Le conozeo de vista, — dijo Lorenzo.

— Pues bien, — continuó Ines, — ¡ es un hombre como hay pocos! He visto yo várias personas más empantanadas que una carreta, y en média hora de plática de silla á silla con el abogado Tramoya (cuidado que no le llares así) salir triunfantes con la suya. Toma las cuatro gallinas (¡ qué lástima!) á que pensaba yo torcer el cuello para la cena de esta noche, y llévaselas, porque con estos señores no conviene irse con las manos vacías. Cuéntale todo lo sucedido, y verás cómo en un santiamén te dirá lo que á nosotros no nos hubiera ocurrido en diez años.

Lorenzo adoptó gustoso el consejo, le aprobó Lucía, é Inés, ufana por haberle dado, cogió una á una las cuatro gallinas, juntó sus ocho piernas á manera de ramillete, las ató con un cordelito, y se las entregó á Lorenzo, que con palabras de esperanza dadas y recibidas salió por la portezuela del huerto, para que no le viesen los muchachos que esperando los confites, empezaban á gritar: « ¡ El novio! ¡ el novio! »

Atravesando campos y buscando atajos, iba Lorenzo pensando con ira en su desgracia, y ensayándose en lo que debía decir al abogado. Dejo al lector hacerse cargo de cómo estarían aquellos cuatro animalitos con las piernas atadas y la cabeza colgando, en las manos de un hombre que, agitado por su pasión, acompañaba con gestos los pensamientos que pasaban á montones por su mente; y en ciertos momentos de enojo y desesperación, extendiendo con violencia los brazos, les daba terribles sacudidas, y hacia saltar aquellas cuatro cabezas pendientes, las cuales mientras tanto se entretenían en darse sendos picotazos, como con harta frecuencia suele suceder entre compañeros de desgracia.

Llegado Lorenzo al pueblo, preguntó por la casa del Abogado; se la enseñaron y se fué á ella. Al entrar se sintió sobreco-gido de aquella cortedad que experimentan los pobres aldeanos cuando se acercan á un gran señor ó á un sabio. Se le olvi-

daron todos los discursos que había ensayado en el camino; pero cobró ánimo al mirar las cuatro gallinas. Entrando en la cocina preguntó á la criada si se podría hablar con su amo: vió la mujer las aves, y como acostumbrada á semejantes regalos, les echó la mano, á pesar de que Lorenzo las iba retirando, porque quería que el abogado supiese y viese que le llevaba alguna cosa. Llegó el amo al mismo tiempo que la criada le mandaba que entrase á hablarle. Hizo Lorenzo una gran reverencia al señor Licenciado, que le acogió con semblante halagüeño: « Entra, hijo, » y le recibió en su estudio.

Era este un cuarto muy grande, y tan grande como des-tartalado: tres de las cuatro paredes estaban cubiertas con cinco ó seis mapas antiguos y unas estampas alemanas sin marco, y tales que por su vejez apenas se distinguía lo que representaban. Ocupaba la cuarta pared un estante de libros viejos, desarreglados y cubiertos de antiguo polvo. En medio de la pieza había una gran mesa con legajos de papeles, expedientes, súplicas, bandos y cosas semejantes: detras de la mesa estaba un gran sillón de vaqueta, cuya antigüedad no era menor que la de los demas muebles que todos se reducían á lo expresado, y además cuatro sillas del mismo gusto al rededor de la mesa. El Abogado estaba en bata, esto es, llevaba una toga raída y sucia, que le había servido muchos años ántes. cuando tenía que ir á Milán á defender alguna causa de importancia. Cerró la puerta, y animó al jóven en estos términos:

— Vaya, hijo, dí lo que se te ofrece.

— Quisiera consultar con usted en confianza cierto negocio.

— Aquí estoy, — dijo el abogado; — habla.

Y se sentó en el sillón nonagenario. Lorenzo, de pié delante de la mesa, dando vueltas con la mano derecha al sombrero, que tenía en la izquierda, empezó diciendo:

— Quisiera saber de usted, que ha estudiado...

— Díme tu asunto sin preámbulos, — interrumpió el Abogado.

— Usted perdonará, señor Abogado, porque nosotros los pobres no sabemos hablar bien. Quisiera, pues, saber...

— ¡Qué gente esta! todos sois lo mismo: en vez de exponer el negocio sencillamente, queréis preguntar, porque tenéis allá en la cabeza vuestras manías.

— Quisiera saber, señor Abogado, si hay alguna pena para el cura que se negase hacer un casamiento.



Sígueme con la vista, y verás.

— Comprendo, — dijo el Abogado, que nada había comprendido.

Y revistiéndose de cierta gravedad, anadió despues de haber apretado los labios:

— ¡Caso grave, hijo, caso previsto! Has hecho bien en venir aquí: es un caso claro: previsto en muchos bandos, y... mira aquí un edicto del año pasado, mandado publicar por el señor Gobernador, Capitan general actual... ahora, ahora te lo haré ver y tocar con la mano.

Diciendo esto empezó á revolver de arriba abajo todos aquellos papelotes, como quien hace una ensalada.

— ¿Dónde estará?... vamos á ver... ¡Hay precision de tener tantas cosas entre manos! pero debe estar aquí, porque es un bando de mucha importancia... ¡Ah, aquí está!

Le sacó, le abrió, miró la fecha, y exclamó:

— « En 15 de Octubre de 1627: » cierto, es del año pasado; bando fresco, que son los que meten más miedo. Hijo, ¿sabes leer?

— Alguna cosa, señor Abogado.

— Ea, pues, sígueme con la vista, y verás.

Y teniendo el bando abierto en el aire, empezó á leer entre dientes varios trozos, y expresando otros muy detenidamente, segun le parecia oportuno.

— « Aunque por el bando publicado de orden del Excelentísimo señor Duque de Feria el 14 de Diciembre de 1620 y » confirmado por el Ilmo. y Excmo. señor D. Gonzalo Fernández de Córdoba, etc., etc., se trató de atajar con remedios extraordinarios y rigurosos las opresiones, concusiones » y actos tiránicos que algunos se atreven á cometer contra » estos fieles vasallos de S. M.; sin embargo, la frecuencia de » los excesos, y la malicia, etc., etc., se ha aumentado en » términos que su S. E. se ha visto en la precision, etc.; por » lo que, con el dictámen del Senado y de una junta, etc., » manda que se publique el presente.

» Y empezando por los actos tiránicos, como la experiencia » ha manifestado que muchos, tanto en las ciudades como en » los demas pueblos (¿oyes?) de este Estado ejercen con tiranía concusiones, oprimen á los más débiles, obligándolos » á hacer contratos violentos de compras, arrendamientos, » etc. (¿Adónde estás? Aquí, aquí, oye) que se verifiquen casamientos ó no se verifiquen... » (¿Ves?)

— Ese es mi caso, — dijo Lorenzo.

— Oye, oye, — prosiguió el Abogado. — ¿Qué! hay mucho más, y luego siguen las penas: « Que se atestigüe, ó no se » atestigüe; que uno pague una deuda, que el otro vaya á su » molino... » Esto nada nos importa; pero aquí está. « El cura

» que no hiciere lo que debe por su ministerio, ó hiciere cosa á que no estuviese obligado. » (¿Ves?)

— Parece que el bando está hecho expresamente para mí, — dijo Lorenzo.

— ¿No es verdad? — prosiguió el Abogado; escucha: « y otras violencias semejantes, que cometen los feudatarios, los nobles, la gente mediana, los hombres viles y los plebeyos... » (cuidado que nadie se escapa, es como el valle de Josafat; oye ahora las penas): « Aunque todas estas y otras acciones malas de esta clase están ya prohibidas; no obstante, conviniendo emplear más rigor, S. E. por la presente, no derogando, etc., ordena y manda que contra los infractores en orden á cualquiera de los indicados casos y otros semejantes, procedan todos los jueces ordinarios de este Estado, imponiendo penas pecunarias y corporales, desierro ó galeras, y hasta la muerte » (¡ahí es una friolera!) « al arbitrio de S. E. ó del Senado, segun la calidad de los casos, personas y circunstancias, y esto irre... mi... si... ble... mente, y con... todo... el... rigor. » (¿Qué? ¿hay poco aquí? Mira, esta es la firma) « Gonzalo Fernández de Córdoba » (más abajo) « Platonus » (y luégo) « vidit Ferrer. » (Nada le falta.)

Mientras el Abogado leía, le seguía Lorenzo con la vista, procurando sacar en claro lo que podia serle útil. Causaba admiracion al Letrado el ver que su nuevo cliente se mostraba más atento que temeroso, y decia de botones adentro: « ¿Si estará matriculado? »

— Ya, ya, — le dijo luégo, — veo que te has hecho cortar el tufo: has obrado con prudencia: sin embargo, puesto en mis manos, no era necesario: el caso es grave, pero tú no sabes lo que yo soy capaz de hacer.

Para comprender esta salida del Abogado conviene saber, ó recordar, que en aquel tiempo los *bravos* de profesion y los facinerosos de todas clases llevaban un tufo, ó mechon de pelo muy largo y espeso, que dejaban caer á la cara á modo de visera al tiempo de acometer á alguno, cuando creian ne-

cesario que no se les conociese y la empresa era de aquellas que exigian vigor y reserva. Los bandos hablaban tambien de esta moda, como se ve por el siguiente trozo de uno mandado publicar por el marqués de Hinojosa: « Manda S. E. que todo el que se deje caer el pelo en término que llegue hasta las cejas, ó cubra las orejas con las trenzas, pague una multa de trescientos escudos, conmutados en caso de posibilidad en tres años de galera por la primera vez; y por la segunda además de la expresada pena, otra mayor pecuniaria y corporal al arbitrio de S. E. Permite sin embargo que el que sea calvo, ó tenga motivo justo de señal, ó heridas, pueda para mayor decoro y salud llevar el pelo largo lo bastante para encubrir semejantes faltas y nada más; con la advertencia de que no exceda de lo que pida la pura necesidad para no incurrir en la pena impuesta á los demas contraventores.

» Manda igualmente á los barberos, pena de cien escudos y tres ratos de cuerda, que se le darán en público, y otra pena mayor corporal al arbitrio como arriba, que no dejen á aquellos á quienes corten el pelo ninguna especie de dichos tufos, trenzas, ó rizos ni los pelos más largos que el ordinario, tanto en la frente como en los lados, á excepcion de los calvos, y otras personas defectuosas, como queda dicho. »

Era, pues, el tufo una especie de armadura y un distintivo de los *bravos* y matones, que por esta razon, luégo se les llamaba comumente *ciuffi*, tufos. Este título ha quedado todavía, pero en acepcion más modificada, y pocas serán las personas en el Milanesado que en su infancia no hayan oido decir, hablando de un calavera, es un tufo, es un tufillo (*é un ciuffo, é un ciuffeto*).

— En mi conciencia, — respondió Lorenzo, — protesto que yo nunca he llevado tufo.

— Nada hacemos, — dijo el Abogado, meneando la cabeza con una sonrisa entre impaciente y maliciosa; nada hacemos si no tienes confianza en mí: el que dice mentira al abogado es un necio que tendrá que decir la verdad delante del juez.